

# 1

Los pies de Laurel se movían a un ritmo acelerado que desafiaba su mal humor. Mientras avanzaba por los pasillos de Del Norte High, la gente la miraba con curiosidad.

Después de volver a comprobar el horario, encontró el laboratorio de biología y ocupó un pupitre junto a la ventana. Si tenía que estar dentro de un edificio, al menos quería poder ver el exterior. Un chico le sonrió mientras se dirigía hacia la parte delantera de la clase y ella intentó devolverle la sonrisa. Sólo esperaba que no le hubiera parecido una mueca.

Un hombre alto y delgado se presentó como el señor James y empezó a repartir los libros de texto. El principio del libro parecía como los demás, con clasificaciones de plantas y animales que ella ya conocía, pero luego seguía con la anatomía humana básica. Hacia la página ochenta, el texto ya le sonaba a chino. Laurel refunfuñó en voz baja. Iba a ser un semestre muy largo.

Cuando el señor James pasó lista, Laurel reconoció varios nombres que ya había oído en las dos primeras clases del día, pero iba a tardar mucho tiempo en relacionar ni siquiera la mitad de ellos con las caras que la rodeaban. Se sentía perdida en medio de un mar de gente desconocida.

Su madre le había asegurado que todos los estudiantes de primero se sentirían igual, porque también sería su primer

día de instituto, pero nadie más parecía perdido o asustado. Quizá, después de años de enseñanza pública, te acababas acostumbrando a estar perdido o asustado.

Para Laurel la enseñanza en casa había funcionado de maravilla durante los últimos diez años, y no veía ningún motivo para cambiar. Sin embargo, sus padres parecían decididos a hacer lo correcto con su única hija. A los cinco años, lo correcto había sido la enseñanza en casa en una ciudad pequeña. Por lo visto, ahora que tenía quince años, lo correcto era la enseñanza pública en una ciudad no tan pequeña.

En el aula reinaba el silencio y Laurel despertó de sus sueños cuando el profesor repitió su nombre.

—¿Laurel Sewell?

—Sí —respondió ella enseguida.

Sintió vergüenza cuando el señor James se la quedó mirando por encima de la montura de las gafas antes de leer el siguiente nombre.

Laurel soltó el aire que había estado conteniendo y sacó la libreta, dispuesta a llamar la atención lo menos posible.

Mientras el profesor les explicaba el temario del semestre, los ojos de Laurel no dejaban de desviarse hacia el chico que le había sonreído. Tuvo que reprimir una sonrisa cuando vio que él también la miraba de reojo.

Cuando el señor James terminó la clase porque era la hora de comer, Laurel guardó el libro en la mochila.

—Hola.

Levantó la cabeza. Era el chico que la había estado mirando. Lo primero que le llamó la atención fueron sus ojos. Eran de un azul muy intenso que contrastaba con el tono tostado de su piel. Parecía un color extraño, pero no en el mal sentido. Era exótico. Tenía el pelo ondulado, castaño claro y un poco largo, y le dibujaba un delicado arco encima de la frente.

—Eres Laurel, ¿verdad? —Ella vio una cálida pero desenfadada sonrisa y unos dientes muy rectos. «Seguro que ha llevado aparatos», pensó mientras, inconscientemente, recorría sus propios dientes con la punta de la lengua. Por suerte para ella, los suyos estaban rectos de forma natural.

—Sí —dijo, casi sin voz, y tosió sintiéndose una estúpida.

—Me llamo David. David Lawson. Yo... sólo quería saludarte. Y darte la bienvenida a Crescent City.

Laurel se obligó a sonreír.

—Gracias.

—¿Quieres comer conmigo y con mis amigos?

—¿Dónde? —preguntó Laurel.

David la miró con una cara extraña.

—Eh... ¿En el comedor de la escuela?

—Ah —respondió ella, algo decepcionada. Parecía muy amable, pero estaba harta de estar encerrada en ese edificio—. Bueno, es que yo voy a buscar un sitio fuera —hizo una pausa—. Pero gracias.

—Fuera me parece genial. ¿Te apetece tener compañía?

—¿De veras?

—Claro. Llevo la comida en la mochila, así que estoy listo. Además —añadió, mientras se colgaba la mochila en un hombro—, no deberías comer sola en tu primer día.

—Gracias —respondió ella, tras unos segundos de duda—. Estaré encantada.

Salieron al jardín trasero juntos y encontraron una zona de hierba que no estaba demasiado húmeda. Laurel dejó la chaqueta en el suelo y se sentó encima; David no se quitó la suya.

—¿No tienes frío? —le preguntó mientras miraba con escepticismo sus pantalones vaqueros cortos y su camiseta de tirantes.

Ella se quitó las chanclas y hundió los pies en la hierba.

—No suelo tener frío; al menos, aquí. Si fuésemos a algún

lugar con nieve estaría perdida. Pero este clima es perfecto —dibujó una extraña sonrisa—. En broma, mi madre me dice que soy de sangre fría.

—Qué suerte. Nosotros vinimos de Los Ángeles hace unos cinco años y todavía no me he acostumbrado a esta temperatura.

—No hace tanto frío.

—No —respondió David con una sonrisa—, pero tampoco hace calor. Después del primer año aquí, miré los registros climatológicos; ¿sabías que la diferencia entre la temperatura media de julio y de diciembre es de apenas diez grados? No es normal.

Se quedaron callados y él se comió su bocadillo mientras Laurel sacaba un tenedor y se comía su ensalada.

—Mi madre me ha puesto una porción extra de tarta —dijo David, para romper el silencio—. ¿La quieres? —le ofreció una preciosa tarta con un glaseado azul por encima—. La ha hecho ella.

—No, gracias.

Él miró con incertidumbre la ensalada y luego volvió a mirar la tarta.

Laurel se dio cuenta de lo que debía estar pensando y suspiró. ¿Por qué todo el mundo llegaba a la misma conclusión? Estaba segura de que no era la única persona en el mundo a la que le gustaban las frutas y las verduras. Señaló su lata de Sprite y dijo:

—No es *light*.

—No quería...

—Soy vegetariana —lo interrumpió ella—. Y bastante estricta.

—¿En serio?

Ella asintió y luego se rió.

—A ti no te gustan demasiado las verduras, ¿verdad?

—No, no mucho.

David se aclaró la garganta y le preguntó:

—¿Y cuándo te has instalado aquí?

—En mayo. He estado trabajando mucho con mi padre.

La librería del centro es suya.

—¿Ah, sí? —preguntó David—. Fui la semana pasada. Es genial. Aunque no recuerdo haberte visto allí.

—Es culpa de mi madre. Fuimos a comprar material para el instituto cada día de la semana pasada. Hasta ahora, me habían educado en casa y mi madre está convencida de que todavía me falta de todo.

—¿En casa?

—Sí. Este año me han obligado a venir al instituto.

Él sonrió.

—Me alegro —bajó la mirada a la tarta que tenía en la mano antes de preguntar—. ¿Echas de menos tu antigua ciudad?

—A veces —sonrió tímidamente—. Pero esto también me gusta. Mi antigua ciudad, Orick, es muy pequeña. Sólo tiene quinientos habitantes.

—Guau —él chasqueó la lengua—. Los Ángeles es algo más grande.

Ella se rió y se atragantó con el refresco.

Parecía que David iba a preguntarle otra cosa, pero oyeron el timbre y sonrió.

—¿Podemos repetir mañana? —dudó unos segundos, y luego añadió—: Con mis amigos, ¿quizá?

El primer instinto de Laurel fue decir que no, pero se lo había pasado bien. Además, conocer gente era uno de los motivos por los que su madre había insistido en que fuera al instituto.

—Claro —dijo, antes de ponerse demasiado nerviosa—. Me encantaría.

—Genial —se incorporó y le ofreció la mano. La levantó y sonrió—. Bueno, pues... ya nos veremos.

Laurel lo vio alejarse. La chaqueta y los vaqueros anchos eran parecidos a los de todos los demás, pero caminaba con

una seguridad que lo hacía destacar. Laurel sintió envidia de aquel paso firme y decidido.

Quizás algún día.

Laurel dejó la mochila en la encimera y se sentó en un taburete. Su madre, Sarah, levantó la mirada del pan que estaba amasando.

—¿Qué tal la escuela?

—Una mierda.

Sus manos se detuvieron.

—Laurel, esa lengua.

—Bueno, es la verdad. No hay una forma mejor de describirlo.

—Tienes que darte un poco de tiempo, cielo.

—Todos me miran como si fuera un bicho raro.

—Te miran porque eres nueva.

—No me parezco a los demás.

Su madre sonrió.

—¿Y eso te gustaría?

Laurel puso los ojos en blanco, pero tenía que admitir que su madre había dado en el clavo. Puede que la hubieran educado en casa y que estuviera un poco sobreprotegida, pero sabía que se parecía mucho a los jóvenes de las revistas y la televisión.

Y le gustaba.

La adolescencia había sido amable con ella. Su piel casi translúcida no había sufrido los efectos del acné y su pelo rubio nunca había sido graso. Era una chica menuda y ágil de quince años con una cara perfectamente ovalada y los ojos verdes. Siempre había sido delgada, aunque no demasiado, y, en los últimos años, incluso había desarrollado algunas curvas. Tenía las piernas largas y esbeltas y caminaba con la elegancia de una bailarina, a pesar de no haber hecho nunca ballet.

—Quiero decir que visto de forma distinta.  
—Si quisieras, vestirías como los demás.  
—Sí, pero llevan zapatos con refuerzos metálicos, vaque-  
ros ajustados y tres camisetas, una encima de la otra.

—¿Y?

—No me gusta la ropa ajustada. Pica y me hace sentir ex-  
traña. Además, ¿quién quiere llevar zapatos con refuerzos me-  
tálicos? ¡Buah!

—Pues ponte lo que quieras. Si la ropa que llevas basta  
para que posibles amigos no se acerquen a ti, no son los ami-  
gos que mereces.

«El típico consejo de madre. Dulce, honesto y totalmente  
inútil.»

—En el instituto hay mucho ruido.

Su madre dejó de amasar y se apartó varios mechones de  
pelo de la cara, manchándose la ceja de harina.

—Cariño, no puedes esperar que un instituto lleno de gen-  
te sea lo mismo que tú y yo solas en casa. Sé razonable.

—Soy razonable. No hablo del ruido necesario; corren por  
todas partes como monos. Gritan, ríen y chillan con todas  
sus fuerzas. Y se enrollan delante de las taquillas.

Su madre colocó los brazos en jarras.

—¿Algo más?

—Sí. Los pasillos son oscuros.

—No son oscuros —respondió su madre, con una ligera  
reprimenda en el tono de voz—. Recorrí la escuela contigo  
la semana pasada y todas las paredes son blancas.

—Pero no hay ventanas, sólo esos horribles fluorescentes.  
La luz es artificial. Los pasillos están... oscuros. Echo de me-  
nos Orick.

Su madre empezó a dividir la masa en partes iguales.

—Cuéntame algo bueno sobre el día de hoy. Y lo digo en  
serio.

Laurel se levantó y se dirigió hacia la nevera.

—No —dijo su madre, que levantó una mano para detenerla—. Primero algo bueno.

—Eh... He conocido a un chico muy majo —respondió ella, esquivando el brazo de su madre y cogiendo un refresco de la nevera—. David... David no sé qué.

Ahora fue su madre quien puso los ojos en blanco.

—Claro. Nos mudamos a una nueva ciudad, empiezas en un colegio nuevo y la primera persona con quien haces buenas migas es un chico.

—No es eso.

—Era broma.

Laurel guardó silencio, escuchando cómo su madre golpeaba la masa contra la encimera.

—¿Mamá?

—Dime.

Respiró hondo.

—¿Tengo que seguir yendo?

Su madre se frotó las sienes.

—Laurel, ya lo hemos hablado.

—Pero...

—No. No vamos a volver a discutir sobre lo mismo —se apoyó en la encimera y acercó la cara a la de su hija—. Ya no me siento capacitada para seguir educándote. Para ser sincera, debería haberte llevado a la escuela a los diez u once años, pero estaba muy lejos de Orick y tu padre ya hacía un gran desplazamiento cada día y... da igual. Ya tocaba.

—Pero podrías pedir unos de esos programas de enseñanza en casa. Los he mirado por Internet —cuando su madre abrió la boca para responder, Laurel añadió—: Y no tienes que darme tú las clases. El material que te entregan lo cubre todo.

—¿Y cuánto cuestan? —preguntó su madre, con la voz relajada aunque con una ceja arqueada.

Laurel no dijo nada.

—Mira —dijo su madre después de una pausa—, dentro



de unos meses, si todavía no te adaptas al colegio, es una posibilidad que podemos estudiar. Pero hasta que vendamos la propiedad de Orick no tenemos dinero para nada más. Y lo sabes.

Laurel bajó la mirada hasta la encimera con los hombros caídos.

El motivo principal por el que se habían trasladado a Crescent City era porque su padre había comprado una librería en Washington Street. A principios de año, pasó por delante y vio un cartel de «EN VENTA POR JUBILACIÓN». Laurel recordaba haber escuchado hablar a sus padres durante semanas sobre lo que podían hacer para comprar la tienda, que era un sueño compartido desde que se habían casado, pero los números nunca salían.

Y entonces, a finales de abril, un tipo llamado Jeremiah Barnes se presentó un día en el trabajo del padre de Laurel, en Eureka, y le dijo que estaba interesado en su propiedad de Orick. Ese día, su padre llegó a casa prácticamente saltando de alegría. Y el resto sucedió tan deprisa que Laurel apenas recordaba qué había venido primero. Sus padres fueron varios días seguidos al banco de Brookings y, a principios de mayo, la librería era suya y se mudaron de la pequeña cabaña de Orick a una casa todavía más pequeña de Crescent City.

Sin embargo, los meses habían ido pasando y el acuerdo con el señor Barnes todavía no estaba cerrado. Y, hasta entonces, el dinero escaseaba, su padre hacía jornadas maratónicas en la librería y ella estaba obligada a ir al instituto.

Su madre la tomó de la mano con calidez y cariño.

—Laurel, aparte de lo que cueste, también tienes que aprender a conquistar nuevos retos. Será muy positivo para ti. El año que viene, puedes empezar con los cursos de orientación universitaria y podrías apuntarte a un equipo o un club. Esas cosas quedan muy bien en las solicitudes para la universidad.

—Lo sé, pero...

—Yo soy la madre —dijo con una sonrisa que suavizaba el tono firme—. Y digo que irás al instituto.

Laurel resopló y empezó a recorrer la lechada entre las baldosas de la encimera con la punta del dedo.

El minuterero del reloj se puso en marcha cuando su madre introdujo las bandejas en el horno y puso la alarma.

—Mamá, ¿queda algún melocotón en almíbar de los tuyos? Tengo hambre.

Su madre la miró fijamente.

—¿Tienes hambre?

Laurel dibujó círculos concéntricos en la condensación de la lata de refresco con el dedo, evitando mirar a su madre.

—Se me ha despertado el apetito esta tarde. Durante la última clase.

Su madre intentó no darle demasiada importancia, pero las dos sabían que no era normal. Laurel casi nunca tenía hambre. Sus padres la habían reñido durante años debido a sus extraños hábitos alimenticios. En las comidas, comía para satisfacerlos, pero no era algo que notara que necesitaba, y mucho menos algo que disfrutara.

Por eso, al final su madre accedió a tener la nevera llena de Sprite. Clamaba contra los todavía desconocidos prejuicios de la carbonatación, pero no podía discutir las 140 calorías por lata. Eran 140 calorías más que el agua. Así, al menos sabía que Laurel aportaba calorías a su sistema, aunque fueran «vacías».

Sin ánimo de discutir, su madre fue a la despensa a coger un bote de melocotón en almíbar, temiendo que su hija cambiara de opinión. El desconocido retortijón en el estómago de Laurel había empezado en clase de castellano, veinte minutos antes de la última campana. De camino a casa, había desaparecido un poco, aunque no del todo.

—Toma —le dijo, mientras dejaba un cuenco delante de

su hija. Se volvió para dar a Laurel cierta privacidad. La chica bajó la mirada hasta el plato. Su madre no se había pasado: medio melocotón y medio vaso de almíbar.

Se comió la fruta a trozos pequeños con la mirada fija en la espalda de su madre, esperando a que se volviera y la mirara. Sin embargo, ella se puso a fregar los platos y no la miró ni una sola vez. Sin embargo, Laurel se sentía como si hubiera perdido una batalla imaginaria, de modo que, cuando terminó, recogió la mochila y salió de la cocina de puntillas antes de que su madre se diera la vuelta.



## 2

Sonó el timbre y Laurel se apresuró a hundir en el fondo de la mochila el diabólico libro de biología.

—¿Qué tal el segundo día?

Laurel levantó la cabeza y vio a David al otro lado de la mesa de laboratorio, sentado con el cuerpo pegado al respaldo de la silla.

—Bien.

Al menos, había respondido a la primera cuando habían pasado lista en todas las clases.

—¿Preparada?

Ella intentó sonreír, pero su boca no le obedeció. Ayer, cuando había aceptado comer con David y sus amigos, le había parecido una buena idea. Sin embargo, verse rodeada por un grupo de desconocidos le daba pavor.

—Sí —respondió, aunque sabía que no había sonado demasiado convincente.

—¿Seguro? No tienes que hacerlo, si no quieres.

—No, seguro —añadió ella enseguida—. Sólo tengo que guardar mis cosas. —Recogió la libreta y los bolígrafos despacio. Cuando uno de éstos se le cayó, David lo recogió y se lo ofreció. Ella intentó cogerlo, pero él no lo soltó hasta que ella lo miró.

—No muerden —dijo muy serio—. Te lo prometo.

En el pasillo, David monopolizó la conversación y no dejó

de hablar hasta que entraron en el comedor. Saludó con la mano a un grupo que estaba en el extremo de una de las largas mesas.

—Venga —dijo, y empujó suavemente a Laurel por la parte baja de la espalda.

Era extraño que alguien la tocara de aquella manera, pero también era extrañamente tranquilizador. La guió por el abarrotado pasillo y, en cuanto llegaron a la mesa, retiró la mano.

—Hola, chicos, os presento a Laurel.

David señaló a cada persona y dijo un nombre, pero, cinco segundos después, ella habría sido incapaz de recordar ni uno. Se sentó en una silla junto a David e intentó captar algo de las varias conversaciones que se estaban produciendo a su alrededor. Algo distraída, sacó una lata de refresco, una ensalada de fresas y espinacas y medio melocotón en almíbar que su madre le había metido en la mochila esa mañana.

—¿Una ensalada? ¿Hoy que hay lasaña comes ensalada?

Laurel miró a la chica con el pelo rizado y castaño que tenía una bandeja llena de comida del restaurante escolar encima de la mesa.

David intervino enseguida, anticipándose a cualquier respuesta eventual de su amiga.

—Laurel es vegetariana... y de las estrictas.

La otra chica miró el medio melocotón con las cejas arqueadas.

—Pues a mí me parece algo más que vegetariana. ¿Acaso los vegetarianos no comen, no sé, pan?

Una sonrisa forzada surcó el rostro de Laurel.

—Algunos sí.

David intervino.

—Por cierto, la persona que te está interrogando es Chelsea. Hola, Chelsea.

—Parece que sigues algún tipo de régimen muy estricto —continuó la chica, ignorando el saludo de David.

—No. Es la comida que me gusta.

Laurel vio que los ojos de Chelsea volvían a desplazarse hacia la ensalada y percibió que estaba a punto de hacerle más preguntas. Seguramente, era mejor soltarlo todo de golpe que tener que responder a veinte preguntas.

—Mi sistema digestivo no acepta demasiado bien la comida normal —dijo—. Si como cualquier cosa que no sea fruta o verdura, me pongo mala.

—Es muy raro. ¿Quién puede vivir exclusivamente de frutas y verduras? ¿Ya has ido al médico? Porque...

—¿Chelsea? —reconvino discretamente David a la chica. Laurel dudaba de que ninguno de los demás lo hubiera oído.

Los enormes ojos grises de Chelsea se abrieron un poco más.

—Oh, lo siento —sonrió y, al hacerlo, toda su cara se iluminó. Laurel también sonrió—. Encantada de conocerte —y luego se concentró en su comida y ni siquiera volvió a mirar la ensalada de Laurel.

La pausa para comer sólo duraba veintiocho minutos, muy corta para todo el mundo, pero hoy pareció eternizarse. El comedor era pequeño y las voces resonaban y rebotaban contra las paredes como pelotas de pimpón, atacando los oídos de Laurel. Tenía la impresión de que todo el mundo le estaba gritando al mismo tiempo. Varios de los amigos de David intentaron implicarla en sus conversaciones, pero ella no podía concentrarse y le parecía que la temperatura de la sala aumentaba cada segundo. No entendía por qué nadie más se daba cuenta.

Esa mañana, había elegido una camiseta de manga corta en lugar de una de tirantes porque, el día anterior, se había visto muy fuera de lugar. Sin embargo, ahora notaba que el cuello le apretaba cada vez más hasta que tuvo la sensación de llevar un jersey de cuello vuelto ceñido. Cuando, por fin,

oyó el timbre, sonrió y se despidió, pero salió tan deprisa que David no tuvo tiempo de atraparla.

Corrió hacia el baño, dejó la mochila en el suelo, a los pies de la ventana y se asomó para que le diera el aire fresco. Inspiró la fresca y salada brisa y se sacudió la parte delantera de la camiseta, para intentar que la brisa acariciara la mayor parte posible de su cuerpo. La débil náusea que la había invadido durante la comida empezó a desaparecer y salió del baño con el tiempo justo para llegar a la siguiente clase.

Después del colegio, regresó a casa despacio. El sol y la brisa fresca le daban energía e hicieron desaparecer completamente la extraña sensación que todavía tenía en el estómago. Sin embargo, cuando escogió qué ropa se iba a poner al día siguiente, se decantó por una camiseta de tirantes.

Antes de empezar la clase de biología, David se sentó a su lado.

—¿Te importa? —le preguntó.

Ella meneó la cabeza.

—La chica que suele sentarse aquí se pasa toda la clase dibujando corazones para alguien llamado Steve. Me distrae un poco.

David se rió.

—Seguramente, será Steve Tanner. Es muy popular.

—Imagino que todo el mundo se enamora de la persona más obvia. —Sacó el libro de texto y localizó la página que el señor James había escrito en la pizarra.

—¿Quieres volver a comer conmigo? Y mis amigos —le preguntó David.

Laurel dudó unos segundos. Se imaginaba que se lo preguntaría, pero todavía no había encontrado una respuesta apropiada para no herir sus sentimientos. Le caía muy bien. Y sus amigos también, al menos los que había podido oír a pesar del ruido del comedor.

—Creo que no —dijo—. Es que...



—¿Es por Chelsea? No pretendía cohibirte con lo de la comida, pero siempre es muy sincera. De hecho, cuando te acostumbras, es muy agradable.

—No, no es por ella... Tus amigos son muy agradables, pero no puedo... No soporto el bar. Si tengo que estar todo el día encerrada aquí dentro, necesito comer fuera. Imagino que, con toda la libertad de la educación en casa durante diez años, me está costando renunciar a ciertas cosas tan deprisa.

—¿Y te importa que te acompañemos?

Laurel guardó silencio para escuchar el principio de la clase sobre el filo.

—Encantada —susurró, al final.

Cuando sonó el timbre, David dijo:

—Nos vemos fuera. Voy a decírselo a los demás para que, si quieren, vengan.

Cuando terminaron de comer, Laurel recordaba el nombre de al menos la mitad del grupo y había sido capaz de participar en varias conversaciones. Chelsea y David la acompañaron hasta la siguiente clase y le parecía natural caminar con ellos por el instituto. Cuando él hizo una broma sobre el señor James, la risa de Laurel resonó por los pasillos. Después de tan sólo tres días, el instituto empezaba a ser un lugar más familiar; no se sentía tan perdida e, incluso, la sensación de aglomeración de gente que había tenido el lunes hoy ya casi había desaparecido. Por primera vez desde que se había marchado de Orick, sentía que pertenecía a algún sitio.